

FRANCISCO PIMENTEL, PRECURSOR DE LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA MEXICANA

BEATRIZ GARZA CUARÓN
El Colegio de México

La obra de Francisco Pimentel (1832-1893) se puede considerar como la primera historia sistemática de la literatura mexicana. Sin embargo, por diversas razones, durante el siglo XX ésta quedó al margen de la mayoría de las historias literarias y de la crítica de la literatura en México. Con objeto de entender las causas de esta marginación, comentaremos aquí ciertas ideas literarias y principios estéticos que rigieron la obra de este pionero de la historia literaria mexicana, y finalmente contrastaremos algunas de ellas con las ideas de otro crítico de la misma época, cuyo éxito fue notable y aún llega hasta nuestros días: Ignacio Manuel Altamirano.

El objetivo central de Francisco Pimentel fue escribir una serie de obras de gran alcance sobre las ciencias y las humanidades en México. De hecho, de este proyecto, cuya publicación se inició en 1885 y que se titula *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días*,¹ Pimentel sólo alcanzó a publicar en vida la sección sobre los *Poetas*. Esta obra que el autor corrigió, aumentó y reescribió parcialmente para una nueva versión, se conoce bajo el título de *Historia crítica de la poesía en México*, editada en 1892.² La otra parte, correspondiente a la narrativa se publicó póstumamente, en 1904, bajo el título de *Novelistas y oradores mexicanos*.³

Para dar idea de la amplia erudición y de la gran cultura de este historiador

1. *Historia crítica de la literatura y las ciencias, desde la conquista hasta nuestros días*, Librería de la Enseñanza, México, 1885.

2. Publicada por la Oficina de la Secretaría de Fomento, México, 1892.

3. Voy a citar, en adelante, de las *Obras completas de Francisco Pimentel*, publicadas póstumamente por sus hijos, en México, Tipografía Económica, 1903-1904, 5 tomos. Usaré, en adelante, la abreviatura *Obras*.

de la literatura mexicana, hay que destacar que Francisco Pimentel fue también un gran lingüista, reconocido dentro y fuera de México, que describió, analizó, comparó y clasificó las lenguas indígenas de su país. Con su obra, *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, o tratado de filología mexicana*, Pimentel obtuvo en 1876 un importante premio del «Instituto de Francia», asociación que reunía a varias de las academias francesas.⁴ Por esa misma época, también fue reconocido en Estados Unidos por el Instituto Smithsonian de Washington y citado en diversas publicaciones de ese país.⁵ Entre otras obras dignas de mención, escribió un extenso estudio de tipo antropológico sobre los grupos indígenas de México, que también sería interesante analizar desde una perspectiva actual para entender mejor las políticas mexicanas del siglo XIX en torno a los indios.⁶

El problema del aislamiento en que cayó su obra no se debe, pues, a falta de datos pertinentes, de erudición, ni de capacidad de sistematización y de análisis, sino principalmente al dogmatismo literario que en su época caracterizó a su autor. Como seguidor de algunas corrientes de la filosofía didáctica de su época, que pretendían que la crítica debía de aprobar lo bueno y señalar y tratar de corregir lo que considerara malo, Pimentel, como otros críticos del XIX, emitió juicios negativos sobre poetas y escritores. Esta severidad contribuyó a su descrédito, ya que muchos de esos autores fueron ampliamente revalorados por la

4. Dice Francisco Sosa en su «Noticia preliminar. Vida y escritos de Francisco Pimentel», en el t. I, publicada en 1903, en las *Obras*, antes citadas: «Invitado a tomar parte en el concurso filológico abierto por el Instituto de Francia —una de las primeras sociedades sabias del mundo— remitió Pimentel los tres tomos de la 2ª edición de su *Cuadro comparativo de las lenguas indígenas de México*. Reunido el Instituto, en sesión de 2 de junio de 1876 acordó a Pimentel una medalla de oro. Meses después, el corresponsal en París del diario hoy extinto, *Siglo XIX*, decía a este periódico: «Con gran placer hemos visto premiado a uno de nuestros compatriotas en el certamen filológico que ha tenido lugar aquí. La sesión pública anual de las cinco Academias, se efectuó bajo la presidencia del Sr. Bersol, presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, asistido de los Sres. C. Doucet, de Vailly, vice-almirante Páris y Messonier, delegados de las Academias francesa, de Inscripciones y Bellas Letras, de Ciencias y de Bellas Artes, y del Sr. Mignet, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, secretario actual de despacho del Instituto». El jefe del Secretariado del Instituto, Mr. Fingaud, comunicó oficialmente la fausta nueva al laureado filólogo mexicano, con fecha 18 de Noviembre del citado año de 1876». Cf. tomo I, pp. xxiii-xxiv.

5. Sobre esto, dice Francisco Sosa en la «Noticia preliminar...», arriba citada a las *Obras*, t. I, p. xxiv: «En los Estados Unidos de Norte América obtuvo la obra el mismo éxito brillante que en Europa. Bancroft la utilizó en su libro *The Native Races of the Pacific States*; el Instituto Smithsonian de Washington obsequió a Pimentel con una colección de obras sobre los idiomas de ese país, acompañada de una muy expresiva carta del Secretario Henry; Hubert Howe Bancroft en el capítulo 17 del volumen 38 de sus obras, califica de admirables las investigaciones de nuestro compatriota; el *Dayley Union*, el *Evening Bulletin* y otras publicaciones, las elogiaron; y con medalla y diploma fue premiada en Filadelfia».

6. En sus *Obras* (1903), este trabajo se titula, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla*, t. 3, pp. 7-320. Esta obra fue publicada originalmente en 1864, en México, por la Imprenta de Andrade y Escalante.

crítica posterior. Por ejemplo, Pimentel criticó duramente la poesía de Sor Juana simplemente porque en su época era usual la postura antigongorina y anti-conceptista. Criticó también a escritores contemporáneos suyos, como a Ignacio Ramírez —«el Nigromante»— y a Manuel Acuña, lo cual le valió la censura de otros críticos de la época, como Manuel Sánchez Mármol.⁷

Por otra parte, el descrédito que sufrió Pimentel sin duda se ahondó por la postura política que adoptó durante una época crítica en la historia de México. En plena lucha entre los conservadores, partidarios de la imposición del reinado de un príncipe europeo en México, y los liberales, defensores de la república, Pimentel colaboró con el imperio de Maximiliano, aceptando varios cargos y honores públicos.⁸ Esto, muy probablemente, le valió la animadversión de algunos literatos, pero aún con estos antecedentes, dada su enorme sabiduría y solidez académica, la mayoría de los grandes intelectuales liberales de su época, como Ignacio M. Altamirano y José María Vigil, siguieron respetándolo y dialogando con él dentro de las instituciones más influyentes del país, como el «Liceo Hidalgo», que reunía a las personalidades más destacadas de la cultura.

A pesar de sus rígidos juicios y de su postura conservadora, la amplia gama de información que reunió Pimentel, sus fuentes, datos y noticias, y muchos de sus análisis y de sus juicios, son el punto de partida y la base de la mayoría de las historias literarias posteriores. Tratemos de ver, pues, cuáles fueron sus ideas principales sobre la literatura para poder valorar mejor su obra.

Pimentel identifica la definición de arte con la de literatura. Para él, «el arte es la representación sensible del bello ideal», y se opone radicalmente a la idea de concebirlo de acuerdo al antiguo principio de que «el arte es la imitación de la naturaleza»,⁹ porque en la imitación podría caer lo mismo «lo bueno que lo

7. Dice Manuel SÁNCHEZ MÁRMOL sobre nuestro autor: «Don Francisco Pimentel es autor de un grueso volumen intitulado: *Historia crítica de la poesía en Méjico*, afortunada muestra de su rica erudición en literatura, mas no adecuada a hacer aceptables sus doctrinas. Pimentel pecó por el rigorismo, por la nimia severidad, por un incondicional apego a las reglas, en las que cifraba todo el secreto del éxito de la poesía versificada. Maduro, docto, recto y honrado, faltóle una sola condición para ser celebrado crítico en la materia que trató: faltóle el sentimiento poético, lo que le incapacitaba para juzgar a los poetas, a quienes, antes que aplicarles el cartabón de la métrica, hay que sentirlos. No es, por tanto, extraño que Pimentel haya criticado con notoria acerbidad las poesías de D. Ignacio Ramírez, sin perdonar las de Manuel Acuña»; cf. *Las letras patrias*, Consejo editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1982, p. 92 [1ª ed., 1902].

8. Véase la reseña que hace Francisco SOSA de la colaboración de Pimentel con el imperio. En la «Noticia preliminar...» citada, dice Sosa: «Los empleos y cargos honoríficos que Pimentel obtuvo del Imperio, fueron: el de regidor del Ayuntamiento de la Capital, el de Prefecto político de la misma ciudad [al] que renunció, y el de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Madrid, que admitió pero que no llegó a desempeñar. El Imperio le reconoció el título de Conde de Heras que tenía de sus antecesores por la línea materna, y le nombró Chambelán. Hay que advertir que no había antes del Imperio figurado en la política ni desempeñado cargo alguno, ni escrito en favor de ningún partido». Cf. *Obras*, t. 1, p. cv.

9. *Obras*, t. 4, p. 7.

malo, lo bello que lo feo, la virtud que el vicio, lo agradable que lo repugnante. ¡Qué absurdo!»,¹⁰ dice. Así, Pimentel llega a calificar de «depravada» a la literatura francesa, en especial a Eugene Sue, a Victor Hugo y a Émile Zola.¹¹ Sin embargo, tampoco llega al extremo de identificar todo lo bueno con lo bello, sino que, afirma, que «el arte no es una perfecta realidad, ni tampoco una ilusión pura; es como una fluctuación entre la ficción y la verdad, y he aquí su prerrogativa: elevarnos del mundo real sin inducirnos a la falsedad y al engaño».¹²

Su modelo en lo que respecta a una teoría del arte es, en primer lugar, la *Estética* de Hegel. Ésta parece atraerle, sobre todo, por la concepción del arte clásico y del romántico y por el eurocentrismo característicos de Hegel.¹³ También concuerda plenamente con las ideas de Fichte y de Schlegel. En relación con Schlegel conviene recordar que considera fundamental que, aunque cada obra de arte sea un objeto único en sí mismo, hay que entenderla también como parte integral de una serie que forma un todo.¹⁴ Por lo tanto, para Schlegel hay que estudiar y analizar la obra literaria a partir de las demás obras que la han precedido, y también a partir de las que la siguen. Esta idea de continuidad e influencias mutuas en el arte es importante para comprender la obra de Pimentel, que trata de integrar en un todo la información que hasta ese momento se había dado aisladamente sobre obras, autores, épocas, formas literarias, estilos, influencias, etc. Por eso la *Historia crítica de la poesía en México* y los *Novelistas y oradores mexicanos* pueden considerarse la primera historia sistemática de la literatura mexicana.

De acuerdo con estas ideas sobre el arte, Pimentel cree que el oficio de la crítica es: ser imparcial, elogiar lo bueno y reprender lo malo, y exponer con profundidad las razones en las que se funda. Es decir, dentro de su visión tan personal de la literatura, Pimentel intenta fundamentar lo más objetivamente posible todos sus juicios, de modo sistemático y riguroso. Además, el autor se exige a sí mismo abarcar siempre tanto los aspectos temáticos como los formales: «La crítica para que sea completa —afirma— debe abarcar *lo formal y lo esencial* de las composiciones literarias, porque todas ellas constan de dos elementos, forma y sustancia».¹⁵

Otro aspecto fundamental de la obra de Pimentel, como la de muchas otras historias literarias y obras críticas del siglo XIX, es la preocupación por situar la

10. *Obras*, t. 4, p. 11.

11. *Obras*, t. 4, pp. 11-12.

12. *Obras*, t. 4, p. 19.

13. V. Carl J. Friedrich (ed.), «Selections from *Lectures on Aesthetics*», en *The Philosophy of Hegel*, The Modern Library, New York, 1954, pp. 333-395.

14. Sobre las teorías estéticas que tuvieron mayor influencia en esta época, véase Beatriz GONZÁLEZ STEPHAN, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Casa de las Américas, La Habana, 1987, que estudia tanto los modelos liberales como los modelos conservadores en la Hispanoamérica de esa época.

15. *Obras*, t. 4, p. 22.

literatura dentro de marcos nacionales. En su «Epílogo» a la *Historia crítica de la poesía en México*, esboza una especie de teoría de la literatura y concluye con cuatro puntos básicos: «1º La poesía mexicana no ha llegado todavía a la posible perfección, sin poder aspirar aún al título de verdaderamente nacional. 2º Sin embargo, [declara que] tiene un mérito relativo. 3º [Explica las] Causas de los defectos que se observan en la poesía mexicana. 4º [Propone el] Modo de corregir esos defectos».¹⁶ En su análisis, Pimentel coincide con otros críticos de su época, opuestos a él ideológicamente, como Ignacio Manuel Altamirano, al señalar que la literatura mexicana carece de suficiente originalidad, ya que con frecuencia cae en la imitación. Dice Pimentel:

Aún la propensión a imitar no sólo lo feo sino lo bello, ha dado por resultado que carezcamos de un poeta primitivo, verdaderamente original en toda la acepción de la palabra [...]. La tendencia de los mexicanos a la imitación, viene desde que se hizo la conquista y llega hasta nuestros días: en este concepto, la diferencia entre la poesía colonial y la independiente, consiste en que antiguamente la imitación casi se reducía a la de los escritores que privaban en España, mientras que después se han tomado modelos en las diversas literaturas, resultando nuestra poesía moderna menos monótona y menos sistemática.¹⁷

Si comparamos este texto con uno de Altamirano, autor liberal que a diferencia de Pimentel ha sido ampliamente reconocido, reeditado y estudiado, veremos que la semejanza es muy grande. En uno de sus escritos sobre la poesía de 1870, Altamirano dice:

Hay que tener en cuenta otras causas que [...] han impedido la marcha rápida de la literatura [...]. La primera de estas últimas causas, debemos decirlo con entera franqueza, es la propensión a imitar. Este no es un defecto exclusivo de nuestra actual generación literaria; es un vicio hereditario, es una manía adquirida en el colegio, o inspirada por consejeros poco ilustrados o meticulosos [...]. No: cada país debe tener su poesía original. Garcilaso, Villegas y todos los españoles, están bien en España. Los franceses deben servir de modelos en Francia [...]. ¿Por qué, pues, en México no se fundó esta escuela nacional que nos habría hecho presentarnos en el concurso poético de las naciones con nuestra riqueza propia?¹⁸

Altamirano y Pimentel coinciden también en pensar que para llegar a tener una literatura mexicana original era necesario que hubiera más literatura épica

16. *Obras*, t. 5, p. 212.

17. *Obras*, t. 5, p. 212 y 213.

18. Ignacio Manuel ALTAMIRANO, «De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870», en *Obras completas: Escritos de literatura y arte*, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, vol. XII, t. 1, pp. 191 y 195.

sobre las gestas de los héroes y las glorias de México y que se escribieran más elegías nacionales. Pero mientras Altamirano creía que la solución residía en la construcción de esa épica nacional,¹⁹ Pimentel sabía que la épica y las elegías al país —que de hecho ya existían—, por sí solas no le darían originalidad a nuestra literatura, si no estaban acompañadas de más ingenio creador, menos imitación literal, más educación y cultura generales y mayor maestría en el conocimiento y manejo de las formas literarias.²⁰

Ambos autores estaban profundamente preocupados por impulsar la originalidad de la literatura mexicana, pero hay una diferencia esencial entre los dos. Para Altamirano esa originalidad comenzaría cuando se terminara con toda filiación de las literaturas hispanoamericanas con la literatura española peninsular. Para este liberal era imprescindible que el corte, el alejamiento y la independencia de las literaturas de América se dieran, no sólo en el estilo, la temática, la forma, etc., sino también en la lengua misma. Altamirano deseaba que el español hablado en cada uno de los países hispanoamericanos se independizara también del peninsular, al grado de que la lengua de cada país se convirtiera en una lengua nacional, nueva y propia, de modo semejante a la fragmentación que había tenido lugar en la Edad Media con el latín en la Romanía:

Los pueblos americanos tuvieron su lengua, después tuvieron sus libertades y sus instituciones políticas, luego tuvieron su literatura. Asumieron su derecho en materia de nacionalidad y pudieron asumirla en materia de idioma. No ha procedido de otro modo España, después de que se ha ido emancipando de la dominación de los cartagineses, de los romanos, de los bárbaros y de los árabes [...]. Las len-

19. José Luis MARTÍNEZ, acertadamente explica los deseos épico-nacionalistas de Altamirano y, paradójicamente, su olvido y desconocimiento de nuestra literatura indígena: «Creía también el maestro que para que la nuestra fuese una literatura orgánica y no le faltasen las raíces, precisábamos de una poesía épica, salud vigorosa de las letras y fundamento de toda expresión y conciencia nacionales. Advertía melancólicamente la inconsistencia y la fugacidad de nuestros cantores épicos y cívicos y la propensión de nuestros poetas hacia el sentimentalismo quejumbroso. No llegó a comprender que sólo dentro de nuestra propia índole podíamos desarrollarnos y que, acaso, nuestra épica había quedado en los oscuros textos indígenas...»; cf., «El maestro Altamirano», en *La expresión nacional*, Imprenta Universitaria, México, 1955, p. 78. La parte citada está reproducida en el «Prólogo», del mismo J.L. Martínez, a Ignacio M. Altamirano, *Obras completas: Escritos de literatura y arte...*, arriba citadas, vol. XII, t. 1, p. 13.

20. Dice Pimentel: «De poesía descriptiva y narrativa tenemos ya mucho bueno, pero falta bastante para completar el gran cuadro de nuestras costumbres, historia y naturaleza. En esa línea el vacío más importante que se nota es el de no existir un buen poema sobre la conquista de México, argumento digno, en muchos conceptos, ya que no de una verdadera epopeya, al menos de un poema histórico o caballeresco. No es menos de sentirse la falta de un romancero nacional completo, el cual se refiera a nuestra historia antigua, la de la época colonial, la de la guerra de independencia, y aun a algunos episodios contemporáneos que pueden poetizarse»; cf., *Obras*, t. 5, p. 213. Más adelante aclara: «En la poesía mexicana no faltan argumentos nacionales; v. gr. en lo lírico «El soldado de la Libertad» por Fernando Calderón...», y da más ejemplos; cf. *Obras*, t. 5, p. 216.

guas castizas son estatuas modeladas en diferentes barro: ¿por qué no ha de formarse una en cada nación de la América Latina?²¹

Más conservadora, pero a fin de cuentas, más realista y más moderna, resulta la postura de Pimentel a quien le parece natural que las literaturas en lengua española estén estrechamente emparentadas entre sí, y que la lengua española en que se escriben sea la misma para todas:

Los mexicanos tenemos por idioma nacional y, en consecuencia, de nuestra literatura, el castellano, que aunque vino de Europa, se ha establecido aquí, substituyendo a los idiomas indígenas, de los cuales unos han muerto y otros se acercan a su fin.

Las variaciones que el castellano presenta en México, respecto de España, no son bastantes para formar un dialecto aparte, y sí para estropear el modo de expresarse propio y correcto, según explicamos, contrariando a D. Ignacio Altamirano [...]. Ahora bien, como México no se hizo independiente de España sino hasta 1821, antes de esa fecha, nuestra literatura se confunde con la de aquella nación, nuestra poesía es una rama de la española, nuestros poetas pertenecen al mismo tiempo a España y a México. Por esta razón vemos que aunque Sor Juana Inés de la Cruz nació y vivió en México, figura en algunas historias de la literatura española, como la de Ticknor y la de Alcántara. Sucede lo mismo con Alarcón: pertenece a España, porque allí floreció; pertenece a México, porque aquí nació, hizo sus principales estudios y tuvo sus primeras inspiraciones dramáticas...²²

Ya José Luis Martínez, uno de los pocos críticos que han destacado la importancia de Pimentel, mencionó la polémica que Altamirano y Pimentel sostuvieron en el Liceo Hidalgo a propósito de la lengua que debía ser la propia de nuestra literatura. Mientras Pimentel abogaba porque en México, y en general en Hispanoamérica, se usara una lengua correcta que fuera la misma en su forma culta que la del español peninsular, Altamirano pretendía la ruptura total — incluso la lingüística — con España. Aunque los textos de esta polémica no se conocen directamente, Pimentel mismo hace la siguiente referencia a estas discusiones:

Altamirano dijo una vez discutiendo con nosotros «Que así como en México había habido un Hidalgo, el cual en lo político nos hizo independientes de España, debía haber otro Hidalgo respecto al lenguaje». Le contestamos: «Que no había un Hidalgo de esos, sino varios, se hallaban el portal de Santo Domingo de México y eran los escritores públicos, bárbaros, ignorantes, a quienes nuestro pueblo lla-

21. Ignacio Manuel ALTAMIRANO, «Prólogo a *Pasionarias* de Manuel M. Flores», en *Obras completas: Escritos de literatura y arte*, selección y notas de José Luis Martínez, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, vol. XIII, t. 2, p. 211.

22. Francisco PIMENTEL, *Obras*, t. 5, pp. 215-216.

ma *Evangelistas*, los cuales en toda su plenitud usan la jerigonza recomendada por Don Ignacio».²³

A fin de cuentas, podemos ver que nuestros dos autores coinciden en su idea de que la literatura nacional es la escrita en español, ya sea acompañada del ideal de unidad lingüística de Pimentel o del concepto de una lengua fragmentada de Altamirano; pero vuelven a diferir en cuanto al dominio que abarca la literatura mexicana. Por un lado, Pimentel habla de la existencia de una literatura indo-hispana, pero considera que las literaturas en lenguas indígenas son más bien objeto de estudio de otras disciplinas, como la lingüística, y que no deben considerarse propiamente «literatura», puesto que la literatura se reduce para él a la de las culturas occidentales escritas en lenguas indoeuropeas. Explica Pimentel:

La literatura de México propiamente dicha, desde que se hizo la conquista, es la que consta de arte europeo e idioma castellano, porque éste es el dominante en nuestro país, en todas materias [*sic*], en lo oficial, lo científico, lo literario y el trato común, mientras que los idiomas indígenas se han convertido o se van convirtiendo en lenguas muertas, con la circunstancia de carecer de literatura, lo que no sucede con otros idiomas muertos, como el sánscrito, el griego y el latín. Esto supuesto, lo que nos queda de la literatura indo-hispana más bien debe considerarse como una parte de la lingüística, y en tal concepto no haremos aquí otra cosa, respecto de aquella, sino citar, por vía de ejemplo, algunas obras.²⁴

A pesar de ese marcado eurocentrismo, Pimentel es de los pocos críticos de la época que menciona las literaturas en lenguas indígenas y les dedica unos cuantos párrafos, aunque no las estudia sistemáticamente. En esto contrasta con Altamirano que, a pesar de su obsesión porque se creara en México una literatura verdaderamente nacional con una épica propia, no las menciona ni toma en cuenta los textos indígenas, las crónicas de la conquista, ni otras literaturas posteriores escritas en lenguas indígenas que podrían darle un carácter único a la literatura mexicana, sino que se concentra sobre todo en la literatura del siglo XIX. Paradójicamente, una vez más la postura de Pimentel resulta más moderna y más objetiva que la de Altamirano.

Estos dos críticos, tan opuestos ideológicamente, coinciden de nuevo en otro tema. Ambos piensan que las lenguas aborígenes de México más que una riqueza cultural, son un lastre para la sociedad mexicana después de la independencia. En los dos casos esta concepción resulta sorprendente. En el caso de Pimen-

23. F. PIMENTEL, *Obras*, t. 5, p. 134. También v. de José Luis MARTÍNEZ, «La Emancipación literaria en México», *Cuadernos Americanos*, México, año X, 1951, enero-abril, pp. 190-210, y especialmente, p. 204.

24. Citado de *Obras*, t. 4, p. 63.

tel, porque a pesar de ser uno de los grandes lingüistas de su época, pionero en el estudio científico de las lenguas indígenas en toda América, incluidos los Estados Unidos, y reconocido internacionalmente, toma las lenguas sólo como objeto de estudio de laboratorio, sin percatarse de su dimensión y de su riqueza cultural. Aunque esta actitud fuera común durante el siglo XIX para los lingüistas que estudiaban otras lenguas que no fueran las indoeuropeas, resulta sorprendente en un contexto nacional donde las lenguas indígenas eran una parte viva y cotidiana de la cultura de México. Sin embargo, ya vimos en la cita anterior cómo Pimentel afirma tajantemente que estas lenguas que —según él— carecen de literatura, pronto serán lenguas muertas.

En el caso de Altamirano, esta coincidencia de opinión resulta aún más sorprendente, dada su ideología liberal y democrática y su extremo nacionalismo y dado también su propio origen indígena. Como lo señala José Luis Martínez, sus padres eran «indígenas puros, [que] habían heredado su apellido del español Juan Altamirano, padrino de uno de sus ascendientes», y es probable que Ignacio Manuel no conociera el español sino hasta comenzar la escuela.²⁵ Altamirano se lamenta de que durante la Colonia los frailes, la Corona y las autoridades virreinales no hubieran enseñado español a todos los habitantes, y, sobre todo, no hubieran acabado con las lenguas indígenas. En este sentido Altamirano escribe:

En efecto, [la castellanización] debía haber continuado hasta generalizar el idioma español, es decir, hasta lograr que la raza indígena lo hablase de preferencia a las lenguas antiguas, y si hubiera sido posible con entera exclusión de éstas.

¿Qué se habría perdido? Un enjambre de lenguas y dialectos del que hoy apenas sacan un mezquino provecho la Arqueología y la Filología [...].

Pero en cambio la civilización habría ganado inmensamente, dando a la pobre raza indígena, con la lengua española, una clave mejor para penetrar los secretos de la cultura europea, unificando los intereses de la nacionalidad y haciendo posible la homogenización que debía constituir fisiológica y políticamente hablando la gran fuerza del pueblo.²⁶

A través de estas comparaciones, resulta fácil ver cómo se han exagerado los aspectos negativos de Pimentel, y cómo, en cambio, se ha tomado a Altami-

25. «El maestro Altamirano», en *La expresión nacional...*, op. cit., p. 5.

26. «Generalización del idioma castellano», en *Antología*, selección y prólogo de Nicole Giron, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981, pp. 77-78. Más adelante, insiste Altamirano en lo nefasto que ha sido, según él, el hecho de que subsistan las lenguas y las culturas indígenas: «El resultado ha sido, pues, que el aislamiento, miseria e ignorancia de las razas antiguas de México ha continuado hasta nuestros días, y hoy mismo presentan el espectáculo desconsolador de un pueblo semibárbaro y abyecto, viviendo en medio de castas civilizadas sin obtener ninguna mejora de su contacto diario con ellas»; *ibid.*, p. 79.

rano como una especie de héroe nacional de la crítica literaria mexicana. Pimentel, como Altamirano son productos de su época; uno de la ideología conservadora, el otro, de la liberal. Ambos eran inteligentes y cultos, aunque Pimentel, además, poseía una gran erudición; ambos trabajaron intensamente, aunque en distintas formas, para buscar la cohesión y las características de la llamada literatura mexicana. Altamirano indudablemente estimuló positivamente a sus contemporáneos y también a los escritores del siglo XX para que, a través de la literatura se contribuyera a conformar un concepto de nacionalidad. Pimentel, por otra parte, sentó las bases de nuestra historiografía literaria, al producir una obra que sistematizó prácticamente todo el conocimiento de la literatura que había llegado hasta su época. En este respecto, nos dejó una construcción de gran solidez y el camino abierto, con un acceso fácil y rápido, a toda la producción poética y a gran parte de la narrativa de la Colonia, desde sus inicios, hasta fines del XIX.

En nuestros días, resulta necesario, si queremos hacer de nuestra historiografía literaria una disciplina seria y consciente, volver a estudiar las fuentes, revalorarlas sin prejuicios, para sacar de ellas todo aquello que nos pueda servir para interpretar mejor nuestro pasado literario.